
Historia en un fruver de Madrid

Yair Alfonso Murillo Rincón

profesor investigador - Universidad de la costa

Ymurillo5@cuc.edu.co

Jhair987@gmail.com

En mi móvil suena una alarma mientras caminamos rumbo a casa. Tú me preguntas: “¿Qué sucede?”, y yo respondo que son las 21:00 horas de un domingo en algún lugar de Madrid. Acto seguido, te muestro cómo se abre desde la aplicación de Google Keep un listado para la compra. De inmediato, te ríes y luego comentas que no conocías una forma tan genial de llevar la lista del mercado.

Cruzamos la calle y ya estamos allí, en ese lugar atendido por tres indios. Recuerdo que en Cali, Colombia; estos lugares se llaman *fruver*, y suelen ser atendidos por ‘paisas’, oriundos de Antioquía o Medellín. Ambos lugares son similares en cada extremo del Atlántico: mismas organizaciones para frutas y verduras, y la misma asepsia y ambientación.

Al entrar, tomamos uno de esos carritos rojos y comenzamos. Yo voy por las frutas como siempre, mientras tú buscas yuca, papas y hortalizas. Antes de empezar, me pongo los guantes desechables; supongo que están allí para que los clientes no toquen directamente los alimentos con sus manos. En los *Fruver* de Cali no tienen estos guantes; allá todos tocan y *manosean* frutas y verduras por igual.

Escojo un par de manzanas de las más económicas y hago la conversión de moneda para saber cuánto sería el cambio en pesos colombianos. Observo que el mango ha bajado de precio, así que coloco uno de tamaño mediano en la bolsa. Cuando me dirijo a buscar las chirimoyas, me doy cuenta de que uno de los indios ha estado hablando por su móvil todo ese tiempo, mientras limpia y acomoda unas granadillas. Lleva puestos unos auriculares que le permiten tener las manos libres, y no deja de hablar ni un momento; es como si estuviese sumido en acomodar las frutas por inercia, es como si danzara.

Me dirijo a colocar las frutas en el carrito rojo mientras te veo revisar unas cebollas. Creo escucharte decir que las últimas se agrandaron; en el carrito, además de verduras, hay un cuarto de queso ecuatoriano que tanto nos gusta. También lo tenía en mente, pero no pensé que aquí lo vendieran. De pie allí, reviso Google Keep y voy verificando lo que hace falta. Por cada producto en el carrito, toco la pantalla y estos desaparecen de la lista. Te pregunto para corroborar los productos que no alcanzo a ver, aquellos que se fueron al fondo, sigo dando Check. Te sugiero que pasemos a pagar y tú terminas de añadir unos pimientos, los cuales ya había marcado.

Mientras estamos en la caja pagando, otro indio que nos observa nos pregunta en un español que se logra entender: “¿Cómo puede mi compañero de allá hablar más de cinco horas por teléfono sin parar?” Volteo mi mirada en la dirección señalada, y observo al dependiente de la estantería de frutas, que se encuentra ensimismado mientras cambia el papel plástico

adherente a unas papayas partidas por la mitad. Luego, respondo al hombre de la caja, diciendo que, por lo general, la persona del otro lado de la línea tiene la oportunidad de contestar o no.

Pienso por un instante que, si yo estuviera en su lugar, en un sitio desconocido, extraño y exótico, diferente a mi cultura y tradiciones, también hablaría contigo durante toda mi jornada para acortar la distancia entre el Atlántico. Sin embargo, un portazo del refrigerador por parte de una octogenaria mujer me saca de mis pensamientos. ¡Me da igual! Tú y yo estamos aquí, y no necesitamos tanto tiempo para hablar; tampoco tenemos mucho que contar.

El hombre de la caja registradora me mira, enciende la radio y suena música india cantada por mujeres. Me entrega un recibo diminuto, como si fuera la impresión de mi lista de la compra, pero solo con los valores. Además, me da tres monedas, por lo que doy las gracias; él, con un breve movimiento de cabeza, me agradece también mientras la conversación telefónica en hindi del otro sujeto continúa. Tú y yo salimos del lugar con dos bolsas en las manos, al tiempo que tarareamos la canción de fondo y cruzamos la calle.